

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 6 de la original publicación de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

La Novela Íntima Cinematográfica

Contiene la Biografía del simpático artista
TOM MIX

PROFUSIÓN DE DATOS Y FOTOGRAFÍAS

Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 céntimos

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones,
la tenemos cedida a la

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE
LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y
PUBLICACIONES, S. A., Barbará 16, Barce-
lona, FERRAZ, 21 Madrid y Ferrocarril, 20,
IRÚN.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAR*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 169

25 cts.



LAS LUCES
DEL BROADWAY

POR
DORIS KENYON,
HARRISON FORD, etc.

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 169



LAS LUCES DEL BROADWAY

Comedia dramática sensacional, de
G. C. DUFFY

interpretada por

DORIS KENYON,
HARRISON FORD,
LOWELL SHERMAN, etc.

GRAN EXCLUSIVA DE
MODESTO PASCÓ
Rambla Cataluña, 62. — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ETHEL GREY TERRY

LAS LUCES DEL BROADWAY

Argumento de la película de dicho título

Comienza la acción de nuestra novela en un rincón maravilloso de la naturaleza.

Flores, muchas flores por doquiera.

El ambiente, sano; las almas sencillas y honestas.

En él vivía Irene Marley, encantadora muchacha que tenía la pasión de la música y abrigaba la secreta esperanza de llegar a ser, algún día, una notoriedad.

Su afición al sublime arte no era obstáculo para que su corazón latiese por otra inclinación: James Drake, hijo del pastor de la iglesia del lugar, a quien amaba y del que era adorada.

El pastor veía con buenos ojos los amores de su hijo con Irene, pues ella era modelo de virtudes.

Así, varias eran las veces que los enamorados podían verse, ya en la iglesia, ya en casa de la joven, ya en la de James.

Y llegó un día que, completamente convencidos de que el uno había nacido para el otro, James ofreció a Irene un anillo de compromi-



Así, varias eran las veces que los enamorados podían verse...

so, aceptándolo ella llena de ilusión, y diciéndole a su novio:

—Este anillo, prenda de la fe prometida, no me abandonará nunca.

El pastor alegróse de los buenos propósitos

de matrimonio que habían formado los jóvenes y no sería con poco gusto que él bendiciera la unión, cuando se presentara el caso.

La familia de Irene estaba también contentísima, pero vivía lejos de ella, en campos noroesteños, donde encontraba fruto sabroso su trabajo.

Cierta mañana, James e Irene fueron a la iglesia a ensayar, a solas, unos motetes, sentándose él al clavicordio y ella cantándolos.

Un automóvil rodaba en aquel momento por la carretera.

Ocupaban el coche: Betty King, hermosísima mujer, estrella del Broadway, que estaba perdidamente enamorada de Randall Sherrill, director de dos importantes teatros neoyorquinos; de extraordinario ojo clínico para descubrir futuras celebridades, y con sus puntos y ribetes de Don Juan; y este mismo.

Al pasar junto a la iglesia, el automóvil se detuvo instantáneamente por efecto de haberse reventado un neumático.

Randall se apeó para comprobar, con el *chauffeur*, la importancia de la *panne*, y hasta sus oídos llegó la melodiosa voz de Irene.

Betty también escuchó con agrado la sentimental canción que salía de la purísima garganta de aquel ruiseñor ignorado, y no le causó muy buen efecto el que Sherrill no pudiese resistir a la tentación de entrar en la iglesia para conocer a la cantante.

Irene, al verle junto a ella, se asustó un

tanto, por no haberle oído llegar, y James se extrañó de esa brusca aparición en el coro del templo, tratándose de un desconocido.

Sherrill, comprendiendo la sorpresa de los jóvenes, y después de haber observado a Irene con detención, presentóles sus más sinceras excusas:

—Perdonen ustedes, pero al escuchar una voz tan exquisita no he podido sustraerme al deseo de conocer a usted, señorita. Permitan que me presente: Randall Sherrill, empresario de Nueva York.

James frunció el ceño; mas, en cambio, Irene vió, de pronto, despejadas las sombras que oscurecían el camino que deseaba emprender, y demostró interés en seguir escuchándole.

—Ya habrá oído nombrar mi *Palace Follies*, donde presento a las estrellas de más renombre, lo cual no me impide ir siempre en busca de mujeres hermosas cuya voz no lo sea menos que su rostro.

Irene, a la par que James sufría, respondió a Sherrill, que hizo caso omiso de la presencia de aquél:

—Se reirá usted, pues, si le digo que mi única ambición es llegar a ser una cantante célebre... Pero ¡cuán lejana está la realidad de las ilusiones!

—No tan lejos... Exactamente a la misma distancia que media entre Green Vale, este pintoresco lugar, y Nueva York.

Betty hizo su aparición en la iglesia en

aquel momento, celosilla, mucho más cuando vió la lozana hermosura de Irene, y dijo a Sherrill, con deseos de llevárselo pronto:

—El neumático está cambiado. ¿Nos vamos?

Así se dispuso a hacerlo Sherrill, mas, antes, añadió a Irene:



—Ya habrá oído nombrar mi "Palace Follies", donde presento a las estrellas de más renombre.

—Los ensayos para la próxima obra empezarán mañana. Si se presenta en mi teatro a mediodía, le proporcionaré el medio para que sus sueños se realicen.

Y partió, dejando ilusionada a Irene, que, no bien hubieron quedado solos James y ella, exclamó:

—James, ¡qué mágicas palabras! ¡Ser una gran artista!

James miró con asombro a Irene, y le preguntó:

—Pero... ¿es que piensas aceptar esa invitación?

—Yo creo que debo hacerlo, James...

—No te dejes seducir por engañosas apariencias, Irene. No es tan feliz y placentera como supones, la vida de los artistas que envidias, y en cuanto a la moral...

—Lo bueno y lo malo existe en todas partes...

—Además, considera que yo nunca podré ser el marido de una actriz. El sagrado ministerio de mi padre y mis profundas convicciones religiosas, se oponen en absoluto.

Irene guardó silencio.

Fuera, en tanto, Sherrill, al punto de subir a su coche, murmuró:

—¡Qué mujer más hermosa!

Betty, que no pudo distinguir esas palabras, pero toda a sus celos, preguntó:

—¿Cómo? ¿Me decías algo?

—¡Qué voz más hermosa la de esa joven!, ¿no es verdad?

—No está mal...

La ilusión de llegar a la gloria dominaba a Irene, y cuando, más tarde, los novios seguían

ocupándose de la proposición hecha por el empresario de Nueva York, ella le dijo a James:

—James... estás ofuscado. ¿Qué mal hay en que yo llegue a ser una artista? Mi virtud no corre con ello peligro alguno.

—No hablemos más de ello, Irene. La existencia que yo puedo ofrecerte, es demasiado modesta... No tengo derecho alguno a obligarte a renunciar a tus propósitos. Decide por ti misma el camino que quieras seguir.

Llegó la noche. El tren no debía tardar en detenerse brevemente en la estación del lugar.

En la conciencia de Irene, el deseo de aceptar la vida sencilla que le brindaba James luchaba dolorosamente con el de brillar muy pronto entre las refulgentes constelaciones del Broadway.

Pero, al oír el silbido del tren que se acercaba, la atracción de la gran ciudad, que le brindaba gloria y riquezas, fué la más fuerte.

Y a pesar de haber estado vigilando, temiendo el fatal resultado, James no pudo evitar que Irene llegase a tiempo al tren...

* * *

Al día siguiente, en un elegante *restaurant* del Broadway, Irene comía con Randall Sherrill, a cuyo encuentro, en demanda de pro-

tección, fué ella, con toda su ingenuidad de pueblerina, así que llegó a la gran ciudad.

Sherrill alegróse infinitamente de la decisión que había tomado la exquisita mujer, y le prometió hacer por ella todo cuanto fuera humanamente posible.

Algunos conocidos de Sherrill vieron a éste en compañía de Irene, en el *restaurant*, y se preguntaban unos a otros si Betty King había sido ya *despedida*...

Irene estaba encantada, preguntándose si soñaba o si realmente era verdadero cuanto veía a su alrededor.

Sherrill le aseguraba que sería muy feliz en Nueva York, prometiéndole que pronto, muy pronto, los anuncios luminosos de Broadway reproducirían su nombre rodeándolo de gloria.

Pasaron unos días, y una noche, en el "Ziegfeld Follies" del Broadway, en donde cenaban Sherrill, Betty e Irene—transformada en elegante, con sus economías que se iban agotando—, la primera pudo notar, con inquietud, cierta sospechosa asiduidad de Sherrill para con la futura estrella.

Pero por si no tenía bastante Betty con la demostración de interés de Sherrill hacia Irene, un amigo de éste levantó una copa, brindando por él.

Sherrill, agradeciendo el honor, lo cedió a Irene, diciendo:

—¡A la salud de Irene Marley, la más bella entre las bellas del Broadway!

Irene, agradecida, sonrió a Sherrill, para martirio de Betty, que no brindó.

Notando la ira que se asomaba al rostro de Betty, Sherrill le preguntó con disimulo:

—¿No bebes?

—¡No!... ¡Sobran brindis!



...James no se quitaba del pensamiento a Irene...

Y Sherrill comprendió que Betty no debía trabar amistad con Irene...

En tanto, en Green Vale, James no se quitaba del pensamiento a Irene, abrigando la íntima esperanza de que regresaría a su lado.

A medida que los días iban pasando, y en

medio del remolino embriagador de su nueva vida, Irene sentía, a veces, levantarse ante ella el recuerdo de James, como un remordimiento.

Hasta que su propio arrepentimiento la indujo a escribir, tras de grandes esfuerzos, esta carta:



No pudo seguir redactando la carta.

Querido James:

No nos dejemos engañar por falsas ilusiones. Hay tal diferencia entre nuestras vidas, en el momento presente, que no podemos soñar en unirlos.

A pesar del dolor que esta decisión me causa, te devuelvo el anillo...

No pudo seguir redactando la carta.

Se le nublaron los ojos, contemplando la sortija de compromiso, emblema de la fe jurada, cuyo brillo no era tan poderoso como las luces artificiales del Broadway, y, muerta de dolor, rompió a llorar.

Irene quisiera, en verdad, que el recuerdo de James, de su promesa, fuera bastante fuerte para señalarle el verdadero camino a seguir, y se desesperaba porque se sentía poseída por el monstruo de la vanidad, por la gloria que enloquece.

En tan apurado trance, alguien llamó a la puerta de la habitación en que se hallaba Irene entregada a su pena.

Era la señora Grim, persona de confianza de Sherrill, puesta al servicio de Irene...

—¡Adelante!—dijo Irene.

La señora Grim entró humildemente en el cuarto, y sumamente amable informó a Irene que el señor Sherrill la esperaba en la calle, en su coche.

Irene, que titubeaba entre seguir en Nueva York y volver a Green Vale, para gozar de la gloria del amor, respondió que no se encontraba bien, que se contestara a Sherrill que no estaba en casa... o lo que se quisiera, con tal de que no tuviera que salir...

La señora Grim, en tono convincente, sin exagerar, sin embargo, la nota, le dió este consejo:

—No sea usted así, señorita... Piense que, si

quiere llegar a ser una personalidad en el teatro, no debe despreciar la única ocasión que se le presenta para conseguirlo.

Esas palabras encerraban el secreto de la gloria. Indudablemente, Irene no comprendió su justo alcance. Y eso que la señora Grim, ya vieja, puso en ellas, aunque encubierta, la más descarnada realidad.

¡La ocasión para llegar a ser una celebridad, suele ser, por desgracia, fatal!

Irene fué vencida por su ansia de brillar, sin detenerse a considerar cómo lo conseguiría, y se decidió a complacer a Sherrill aceptando su invitación para cenar juntos.

Sin embargo, Irene dudaba todavía en romper con todo lo que representaba su pasado, esto es, con James, devolviéndole el anillo, y rasgó la carta que había comenzado, y guardóse en su joyero el emblema de la fe jurada...

Las luces del Broadway brillaban en todo su esplendor: cegaban casi.

Sherrill e Irene fueron a cenar al mejor *restaurant*, en un reservado, sin que Irene viera ningún peligro en el aislamiento que Sherrill buscaba con ella.

Betty King, casualmente, cenaba con unos amigos en el mismo lugar, y por uno de éstos se enteró ella de la llegada de Sherrill con Irene, a los que vió desaparecer detrás de la cortina del reservado.

Indignada íntimamente, sin dejar trascender su estado de ánimo a los demás, Betty se

separó de sus amigos, para ir a apostarse junto a la cortina, a fin de sorprender lo que dijeran los ocupantes del comedor reservado.

Irene arreglábbase delante de un espejo el peinado, mientras Sherrill la contemplaba con fervientes deseos de poseerla. A su juicio, era Irene la mujer más tentadora que había conocido, precisamente porque era más cándida que una paloma.

Irene se fijó en la insistencia con que la miraba Sherrill, y no pudo menos de preguntarle la causa:

—¿Por qué me mira usted de tan extraña manera?

Sin inmutarse, como quien dice algo que estaba a punto de decir, Sherrill contestó:

—Porque estoy viendo ya en usted, querida Irene, a la artista que fascinará a las multitudes.

Betty sufría de despecho y de celos horriblemente.

—Mire, Irene—prosiguió Sherrill—, corriendo la cortina que ocultaba la vista exterior que se divisaba desde el *restaurant*—. Entre esas luces que refulgen ahí, su nombre brillará mucho antes de lo que usted imaginaba.

Irene no podía dudar de ello... pues necesitaba triunfar.

—Como ensayo—añadió Sherrill—, le hice estudiar el papel que debía representar Betty King en la revista "June Girl"... Pues bien, mañana lo representará usted.

—¿Yo? Pero... ¿y Betty?

—Sobre el terreno artístico yo no veo más que el arte. A usted la considero superior a Betty.

—¿Habla usted en serio?

—Sí, Irene... y pertenecerá usted al Broad-



—Sobre el terreno artístico yo no veo más que el arte. A usted la considero superior a Betty.

way; a lo menos a la pequeña parte del Broadway que me pertenece.

—¡Oh! Señor Sherrill... ¡Sabré corresponder a la confianza con que usted me honra!

—Me atrevo a esperararlo así.

No pudo oír más Betty detrás de la cortina, porque su despecho amenazaba no respetar el escándalo, tan grande era su sed de venganza de Sherrill.

Y mientras éste e Irene cenaban como dos buenos amigos, Betty, en la oficina de telégrafos, ponía en práctica su plan de venganza, para favorecer a Irene y arrebatarle una conquista más a Sherrill.

He aquí el telegrama que mandó a James, cuya dirección y apellido conocía de sobra por haber hablado con Irene, algunas veces, de él:

James Drake, Green Vale.

Reputación Irene Marley gravemente comprometida por Randall Sherrill. Venga inmediatamente. Betty King.

Al día siguiente, James recibió esa noticia y como seguía queriendo con toda la fuerza de un primer amor a Irene, no vaciló en correr a arrancarla del peligro, pensando que cuando Betty se decidió a ponerle ese telegrama, era porque era fatal que le ocurriera algo desagradable a Irene.

Conforme se lo prometiera, Irene debutó aquel día en la revista "June Girl", desbandando así de la escena a Betty King, a quien Sherrill hizo avisar fríamente que no se molestase en volver por el teatro.

Y mientras el sueño de Irene se trocaba en realidad, realidad esplendente, triunfando sin reservas apenas presentada al público, y hallando su camarín lleno de flores, Betty King,

en su casa, contemplaba un paquete de cartas que le dirigiera Sherrill cuando estaba enamorado de ella.

Una de esas cartas, que ella leyó tristemente, decía, al final:

...y usted será una de estas celebridades. Pertenece a esa parte del Broadway que me pertenece y, por lo mismo, me pertenecerá a mí también, ¿verdad, Betty?

Rendidamente suyo,

Randall Sherrill.

—¡Qué necias somos las mujeres!—músitó la desconsolada Betty, estrujando esa carta.

Y rompió a llorar, porque ella amaba a Sherrill con verdadero afecto, y se dió a él porque creyó en su amor. No se vendió, como él parecía creerlo ahora.

Después de la función en que debutó Irene, un "botones" le llevó a su camarín el recado de que el señor Sherrill se tendría por muy honrado si ella se dignaba cenar en su compañía, en su casa, para hablar de su éxito... y del contrato... aceptando ella, siempre sin ningún recelo.

* * *

Ya en casa de Sherrill, Irene empezó a sentir cierto remordimiento por haber aceptado su invitación de cena en su propio hogar.

Pero se resistía a creer que allí la amenazaba un peligro cualquiera, no creyendo como no creía capaz a Sherrill de una grosería.

Este, aprovechando un momento de distracción de Irene, se acercó a su viejo criado, que le servía desde muchísimos años y sabía punto por punto lo que había de hacer en cada caso de conquista, y le hizo un signo que aquél entendió perfectamente, pues desapareció discretamente en el acto.

Sherrill, a solas con Irene, le ofreció una copa de champaña, y brindó con ella por su éxito... y por el suyo.

—Los dos hemos triunfado, querida Irene. Usted, como artista. Yo, como empresario y *lanceur*. Ha llegado usted a ser lo que soñaba. ¡He hecho de usted una estrella del Broadway!

—Sí, señor Sherrill. Estoy muy contenta. Se lo debo a usted todo. ¿Cómo pagarle cuanto por mí ha hecho?

—Sencillamente...

La mano de Sherrill se deslizó sobre la de Irene, que comprendió el significado de la respuesta de Sherrill, haciéndose atrás instintivamente.

Sherrill, que había examinado a Irene, reconoció justamente que nada conseguiría de ella a la fuerza, y optó por recurrir a otro medio de su fecunda iniciativa.

—No interprete mal mis intenciones. Yo la quiero a usted con locura, Irene, y puede ser

mi esposa esta misma noche. Lo tengo todo previsto... porque esperé el momento de su triunfo para declararle mi amor.

Irene, entre turbada y temerosa, no supo qué contestar, encargándose Sherrill de animarla, fascinándola con la gloria.

A poco, en un pisito no muy lejano, el criado de Sherrill, transformado en pastor, simuló la unión de su amo con Irene.

Irene no sospechó nada absolutamente, no llegando a comprender tan sólo el gran amor que Sherrill decía sentir por ella.

Es necesario hacer constar que, mareada por la emoción del triunfo, y presa de dudas ante la inesperada declaración de Sherrill en su casa, Irene fué al supuesto matrimonio sin saber lo que hacía, dándose cuenta de su error después de "casada".

De regreso en su casa, Sherrill, muy afable, besó en el hombro, con pasión, a su "mujer", repugnándole a ella aquel beso, pero tolerándolo resignadamente, pensando al propio tiempo que no tendría valor para seguir, sin amor, adelante...

James había llegado a Nueva York una hora antes, habiéndose dirigido de primera intención al teatro donde había debutado Irene, encontrándose con el conserje, que le cerró el paso.

—Deseo ver al señor Sherrill. Se trata de un asunto de extraordinaria urgencia e inte-

rés para él—le dijo James, con cierta exageración, para producir más efecto.

El conserje, convencido de que James debía ver en seguida al empresario, le respondió apresuradamente:

—El señor Sherrill salió del teatro hará cosa de una hora, con la señorita Marley. Debían cenar en su casa, Park Avenue, 966.

Y James se lanzó hacia esa dirección, no explicándose por qué Irene había aceptado ir a cenar con su empresario en su casa.

¿Sería por esa razón que Betty le había mandado el telegrama de aviso?—se preguntaba, agitadoísimo, James.

No tardó en llegar a la casa de Sherrill, a cuya puerta llamó nerviosamente, y más nervioso aun al ver que nadie le contestaba.

Irene se asustó ante las fuertes llamadas al picaporte, y Sherrill, extrañado, no demostró a Irene la menor preocupación, a pesar de que tenía motivos para estar intranquilo.

Como las llamadas se sucedían, cada vez con mayor insistencia, Sherrill, que esperaba impaciente que apareciese el criado, el cual no hacía más que llegar de cumplir su misión de pastor de broma, y se quitaba apresuradamente la ropa, para que no se descubriera el pastel, dijo a Irene, para evitar complicaciones:

—¿Quieres pasar por un momento a esa habitación?

El criado apareció tan pronto Irene se ocul-

tó, y fué a abrir la puerta, en tanto que Sherrill tomaba sus precauciones, por si acaso...

James hizo irrupción en la casa, empujando enérgicamente al criado, y, sin saber lo que hacía, tan grande era su desesperación, se encará con Sherrill, a quien reconoció en seguida, siendo asimismo reconocido por él.

—¿Qué significa esta manera de forzar la puerta de mi casa?—preguntó con acritud Sherrill.

—¿Dónde está la señorita Marley? ¡Eso es todo lo que quiero saber!

—Se ha equivocado usted lamentablemente, joven.

—¿Quieren decir estas palabras que no está aquí?

—Mis palabras quieren decir que la SEÑORITA MARLEY no está aquí; esto es.

James creyó por un momento que le habían engañado, pero al ver encima de una silla el abrigo de una dama, insistió:

—Entonces... ¿qué mujer es esa que está con usted, oculta en algún sitio?

—¿A usted qué le importa?

—¡Ya que usted no me lo dice, voy a averiguarlo por mí mismo!

—No es necesario—dijo Irene, apareciendo, acentuadamente pálida—. Soy yo, James.

—¿Tú, Irene, y aquí, con este hombre?

Sherrill había tenido bastante con mirar una sola vez a James para convencerse de que llegaba ciego, y para librarse de su presencia,

tanto más importuna cuanto que anhelaba estar solo con Irene, se hizo de un revólver y se lo apuntó en el pecho, para obligarle a marcharse.

James levantó las manos, retrocediendo hacia la puerta, en presencia de Irene, que asis-



James acudió a recibir en sus brazos a la herida, pues era una mujer...

tía con profundo dolor a aquella escena.

De pronto, James, aprovechando una torpeza de Sherrill, trató de apoderarse de su revólver.

Sherrill forcejeó con James, y con instinto feroz disparó el arma.

Moviése la cortina, oyóse un lamento, y un cuerpo se tambaleó.

El asombro paralizó a todos.

¿Quién se había ocultado detrás de la cortina?

James acudió a recibir en sus brazos a la



...y todos reconocieron con horror que estaba muerta.

herida, pues era una mujer, y todos reconocieron con horror que estaba muerta.

¿Quién era la mujer?

¡Quién sino Betty, que, poseyendo la llave de la casa de Sherrill, había ido a ella para re-

cordarle sus promesas, teniendo que ocultarse al volver él e Irene de casa del apócrifo pastor!

Sherrill, serenándose en el acto, acusó para no ser acusado:

—¡Miserable! ¡La ha matado usted! ¡Thompson; avisa a la policía!

Irene ahogó un grito de protesta en su garganta y James quedó aterrado.

* * *

La justicia se ocupó activamente del asunto.

—Conteste usted si conocía al señor Drake y en la forma que se hizo anunciar, llegando a la casa en hora tan desacostumbrada—preguntó el juez que instruía el sumario, a Thompson, el criado de Sherrill.

—Era la primera vez que le veía. Tan pronto abrí la puerta me apartó violentamente y diciendo, con voz alterada: “Tengo que arreglar un asunto con el señor Sherrill”, se dirigió precipitadamente al comedor. Acudí al oír la detonación y vi al señor Drake arrodillado junto a la víctima y al señor Sherrill, que decía: “¡Miserable! ¡La ha matado usted!”

—Puede retirarse. Que pase a declarar Randall Sherill.

El empresario compareció ante la justicia con una serenidad pasmosa.

—Explique cómo sucedió el hecho.

—...intentó luego disparar contra mí, y yo, sujetándole la mano, desvié el tiro...

—¿Conoce usted el revólver? ¿A quién pertenecía?

—A mí. Lo tenía sobre un mueble, de donde lo tomó Drake.

James, desde el banquillo de los acusados, protestó, inútilmente.

—Puede retirarse. Hagan pasar a la señorita Marley.

Irene, dolorida, estaba dispuesta a decir toda la verdad.

—Parece ser que James Drake tomó el revólver de sobre un mueble e intentó disparar contra el señor Sherrill, pero que en vez de herir a éste hizo blanco en la señorita King. ¿Es así cómo sucedió?

—¡No! ¡Es una mentira! ¡Quien mató a la señorita King fué Randall Sherrill.

—No falsee usted la verdad con intención de salvar al acusado, que, según consta, es su prometido.

—¡No miento! ¡Juro ante Dios que lo que digo es verdad!

Intrigado, el juez volvió a mandar llamar a Sherrill, que reapareció con la misma tranquilidad de antes.

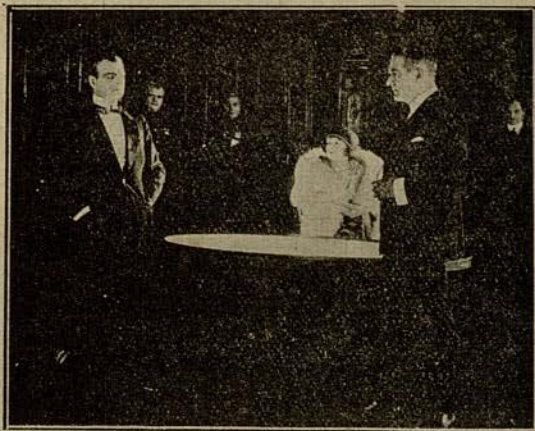
—Señor Sherrill, se le acusa de haber sido

el autor del crimen—le disparó, sin preámbulo, el juez.

—¿Quién atestigua esto?—respondió el acusado sin turbarse.

—La señorita Irene Marley.

—¿Y desde cuándo la ley americana per-



—¿Y desde cuándo la ley americana permite a la esposa testimoniar en contra de su marido?

mite a la esposa testimoniar en contra de su marido?

—¿Cómo? ¿Ustedes están casados?...

James miró a Irene con inenarrable asom-

bro, y vió como ella, arrepentida, reconocía ser la esposa de Sherrill.

—La señorita Marley y yo nos casamos anoche con licencia especial—acaré Sherrill imperturbable.

—En este caso—dijo el juez al secretario—, anule la declaración de la señora Sherrill en el sumario. La ley, en efecto, no autoriza a la mujer testimoniar en contra de su marido en un proceso como éste. De modo que James Drake queda encartado como presunto autor del crimen.

—¡No es posible!—clamó Irene—. ¡Es inocente!... ¡Juro a usted que es inocente!

—Según la ley, sus declaraciones carecen de valor, señora—respondió el juez—. Drake queda detenido. El proceso ya pondrá en claro si es o no culpable.

Después de un largo proceso cuyas pruebas le fueron todas desfavorables, la prensa comunicó la triste sentencia que recayó sobre James:

JAMES DRAKE CONDENADO A MUERTE

La ejecución se verificará el día 7 a las cinco de la mañana

Esta tarde ha sido dictada sentencia de muerte contra James Drake, como autor del asesinato de Betty King, la conocida estrella del "PALACE FOLLIES". La señora Randall Sherrill ha hecho desesperados esfuerzos para salvar a su ex novio, cuya manifiesta culpabilidad no le ha sido posible desvirtuar.

El dolor de Irene era inmenso, y acudió a todos los que podían ayudarla, para el indulto de James.

Todo fué en vano, y con harto pesar fuéelo a comunicar Irene a la cárcel.

—¡James... se ha perdido toda esperanza! ¡Lo he intentado todo... todo... y ha sido inútil!... ¡Es horrible, demasiado horrible!

—Si esta dolorosa prueba sirve para apartarte de la funesta existencia que tan poderoso atractivo ejercería sobre ti...—respondió, convencido, James—, no debemos maldecirla, ya que es el medio por el cual Dios me otorga la gracia de salvar un alma.

—¡Ya vienen a separarnos! ¡Oh! ¡James, yo me moriré!

Entretanto, Sherrill, en su casa, en compañía de otra ilusionada, repetía:

—Yo haré de usted una celebridad que ofus-

cará a las demás que brillan en el cielo de Broadway.

Su impotencia para detener la fatal sen-



—¡Ya vienen a separarnos! ¡Oh! ¡James, yo me moriré!

tencia había anonadado a Irene. Inconsciente del curso de las horas y de los días, pasábase éstos encerrada en su habitación.

La víspera del día de la ejecución, Sherrill estaba nervioso e inquieto, cuando, bruscamen-

te, una mano se asomó por la cortina, la misma cortina detrás de la cual halló la muerte la desventurada Betty King.

Sherrill iba a beber, y se le cayó la copa de las manos, presa de espanto.

Inmediatamente apareció Irene, revólver en



—¿Y si me niego a ello?

—Obraré en consecuencia.

mano.

—¿Cómo has podido entrar?—le preguntó Sherrill.

—Preseindamos de hablar por hablar. He venido por una confesión escrita y firmada del verdadero autor del crimen.

—¿Y si me niego a ello?

—Obraré en consecuencia. Estoy dispuesta a todo. Nunca hubiese creído que en momentos tan supremos tuviese la energía de que me siento poseída. Conque, escriba que es usted el que mató a la señorita King, y no James, y firme. Hágalo, le digo. ¿Se niega aún?

—¡Quieta, Irene! Ya firmo.

—Soy demasiado generosa con usted, porque le doy la facilidad de huir antes de que lo prenda la justicia...

Sherrill firmó el documento por el que se delataba a sí mismo, y la enérgica joven marchóse con tan inapreciable escrito para hacer detener la ejecución.

Pero Sherrill, cegado por haber sido vencido por Irene, a la que no pudo vencer nunca, armóse y salió en su persecución, hallando la muerte en un choque de trenes, mientras Irene llegaba casi tarde a evitar que se consumara la horrorosa e injusta sentencia.

Y algún tiempo después, en Green Vale, James e Irene, casados realmente por el padre del admirable joven, disfrutaban en la verdadera felicidad, más brillante que ninguna, porque era la del amor puro y verdadero.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesantísima narración pasional de la gran película que todos recuerdan con deleite

MADAME DUBARRY

Sublime creación de los célebres artistas

POLA NEGRI, HARRY LIETDKE,
EMIL JANNINGS, etc.

Lo más emocionante. — Exito enorme.

Postal-fotografía-regalo:

LUCIANO ALBERTINI

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España

Precio: 25 céntimos.